

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7,50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 centimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO



HEMEROTECA REDACCION Y ADMINISTRACION

MUNICIPAL
MADRID

Lagar núm. 5.

NÚM. 133

Sevilla—Lunes 15 de Junio de 1903

AÑO XXVII

La justicia gratuita

El ministro de Gracia y Justicia, que aborda muchos problemas de la justicia y reorganización, entre los cuales figuran los ya establecidos por decretos, el de la reforma de la justicia municipal, leído el miércoles en el Senado, en el que por cierto observamos en primera e incompleta lectura de las bases, que el ministro se reserva el nombramiento de los jueces y fiscales, y que sigue el anacrónico y perturbador sistema de derechos, los tribunales, colegiados y las apelaciones en que se hace intervenir al registrador, que no sabemos cómo se las arreglará en poblaciones donde haya tres registradores y diez juzgados de primera instancia, que actúan a la vez en las apelaciones de los juicios.

En el preámbulo del proyecto indica las reformas de organización de tribunales, leyes de enjuiciamiento, de responsabilidad judicial, de limitación del beneficio de pobreza, única instancia en lo civil, simplificación de los juicios universales (bien urgente y necesaria por cierto, para evitar que el acervo del concurso o quiebra y los bienes hereditarios en testamentarias y abintestatos queden entre las mallas del papel sellado, emborronado por los innumerables partícipes en actuaciones, diligencias, etc.).

También trata de poner mano el ministro en la ley del Jurado, por cuanto a recusaciones se refiere. Más amplia y meditada debe ser la reforma, alcanzando desde el procedimiento para la designación de jurados hasta las preguntas.

La labor es extensísima, y siendo muy corta la vida ministerial de su autor, dudamos mucho que pueda verla realizada siquiera en lo que ya es un proyecto presentado al Parlamento.

Pero la separación de las funciones de los encargados de administrar justicia es muy honda, y con ella no se atreven los hombres de la monarquía, siquiera tengan tan vigorosas actividades e iniciativas como el actual titular del departamento de la justicia.

¿Y la justicia gratuita? Primera y apremiante reforma reclamada por la opinión. En esta no hay que pensar, aunque se prive al noventa por ciento de los ciudadanos de ejercitar sus derechos, de reclamar lo suyo ante los tribunales de justicia, quienes, siendo realmente pobres por una infinidad de circunstancias, no están comprendidos entre los que tienen el derecho a la defensa gratuita que hoy intenta reducir más el Sr. Dato.

¿Y por qué no se intenta? La contestación ya la sabemos. Porque la situación del erario público no lo consiente.

Nada más inexacto, porque el erario podría muy bien soportar la carga si se escogitaran los medios adecuados y se mirara alto, tan alto como merece este servicio público; pero no es esto: es que la justicia así establecida es un arma poderosa en favor de los privilegios que representa el régimen actual y de interés decisivo enfrente de los desheredados de la fortuna.

La burguesía, la banca, el gran comercio, los propietarios rústicos y urbanos en grande escala, los grandes fabricantes y los industriales poderosos, son los núcleos que sostienen el régimen con las altas jerarquías de la Iglesia y de la milicia, y con la aristocracia de los pergaminos y del dinero, y a éstos hay que favorecerlos con todas las armas contra los intelectuales generalmente pobres, contra el comercio que vive al día, contra los modestos industriales y los propietarios y labradores parcelarios, el empleado de corto sueldo y los modestos profesio-

sionales, contra estas clases, en fin, que trabajan y producen, que contribuyen a soportar las cargas del Tesoro, del que cobra esa misma magistratura, del que sostiene al juez, de quien no puede demandar justicia, porque una ley poco meditada ó demasiado bien estudiada le ha cerrado la puerta con fuertes cerrojos para que no pueda reclamar el derecho que nuestro Código civil le reconoce.

Estas reformas sí que se imponen, señor Dato, pero rápidamente, si se quiere dejar un nombre que reconozca la fama; lo demás no pasa del círculo de los convencionalismos al uso, sino justifica que los obstáculos tradicionales se oponen a todo cuanto sea beneficioso y útil y conveniente a los intereses de los más, que son los que deben tener siempre presentes los gobernantes de verdad.

A. ALBERT.

Madrid 11 Junio 1903.

Murmuraciones

La barbaridad ejecutada por los servios va a ser coronada con otra barbaridad mayor.

Han matado a un rey y van a proclamar a otro.

Si lo hacen con la noble idea de matarlo también en calzoncillos, como al rey Alejandro, bien está.

La verdad es que no se cogen ratones sin trampas, ni reyes sin el cebo de la lista civil.

Pero si no lo hacen con esa intención, insisto en decir que los servios son unos bárbaros que habían tenido la suerte de hacerse simpáticos en un principio, aun bañándose en la sangre del crimen, y que van a concluir por ser odiados por la generalidad.

Se comprende la muerte de un tirano en nombre de la libertad, pero en nombre de la tiranía, no.

Tiranía por tiranía, lo mismo da la blanca que la negra.

La Peña Liberal, casino borbollista, estaba ayer rebosando de correligionarios, y si no adornó su balcón con colgaduras, no sería por falta de gusto, sino porque quizá no tuviera colgaduras.

Don Pedro Rodríguez de la Borbolla llegó de Madrid con todas las victorias ganadas: hablo de las victorias que molestan.

El señor Gobernador, para complacer a sus correligionarios los conservadores, suspendió en su cargo de concejal al señor Hoyuela, concejal borbollista que puso como un conservador al alcalde actual.

El alcalde actual, lo mismo que el gobernador actual, Sr. Conde de Buena Esperanza, deben de ser muy conocidos en Madrid, y deben de tener gran predominio e influencia dentro del ministerio de la Gobernación, cuando el Sr. Maura, sin consultarles, y con la mayor sangre fría y el más marcado desdén, deshace de una plumada lo que ellos hicieron en unos cuantos días de trabajo.

Que el alcalde Sr. Villagrán no se dé por entendido ni por ofendido, no nos extraña.

Pero que el señor Gobernador, con su condado de Buena Esperanza acuestas, siga impertérrito en el uso de sus atribuciones, sueldos y gajes correspondientes (según indicó *El Noticiero*), eso no se comprende.

Lo que es en esta ocasión, y en Sevilla—¡perdonemos el señor Conde!—ha quedado su condado a la altura del mío, que no lo tengo.

Por lo que se relaciona con el concejal Sr. Hoyuela, ya hemos visto que la batalla fué ganada en toda la línea.

Y por lo que se refiere al acta del señor Ruiz Martínez, este señor, digo su acta, ha sido declarada grave, que es lo mismo que decir sucia, inútil ó papel mojado.

El Sr. Ruiz Martínez no se sentará en los escaños del Congreso.

El Sr. Borbolla, como Cid Rodrigo de Vivar, podrá decir, diría ayer seguramente, en su casinillo:

¡Con quince lidié en Zamora, y a los quince los vencí!

Ha fallecido el presidente de la República Suiza, doctor D. José Zemp.

Ni se han disparado cañonazos, ni han doblado las campanas, ni las Cortes europeas tienen por qué ni para qué vestirluto riguroso ni de alivio.

¡Hermosa sencillez la de ese noble pueblo, que entierra a sus muertos sin darle qué hacer a nadie!

Dois crímenes en Madrid, un suicidio en Sevilla, huelga en Jerez, en Valencia... ¡Ay, cómo está la península!

Y a propósito de crímenes.

El Globo, en su editorial, se queja de la excesiva importancia que en España da la prensa a los sucesos emocionales, condoliéndose de ello en la siguiente forma:

“Sí; pecamos y nos confesamos en voz alta. Hay un vicio social y, por halagarlo, es por lo que el “activo reporter” emplea toda su actividad en buscar la noticia allí donde se la dan hecha, en el Gobierno civil y en el Juzgado de guardia; sitios de donde no viene otra cosa que crímenes y desgracias, lectura malsana, alimento de la violencia.”

Y por cierto que el colega debiera precidicar con el ejemplo.

Porque en primera plana dice eso, y en la segunda relata minuciosamente el crimen del día con todos sus pelos, señales y martillazos.

El Liberal de hoy nos participa, por telegrama de su corresponsal, que don Servando Arbó, capellán real de esta diócesis de D. Marcelo, ha pronunciado en Madrid un sermón elocuentísimo sobre los *Caracteres del reinado de Jesucristo*.

El tema es importantísimo para conmover los cimientos de la villa y corte.

Porque Jesucristo reinó después de muerto.

Y los reyes modernos quieren reinar antes de morir.

Pero, en fin, por lo que respecta a Sevilla, nos alegramos.

Siquiera, ya que no descuella la Iglesia sevillana por el talento de su arzobispo, al menos que se haga oír por uno de sus peones más ilustrados.

Estas reflexiones que transcribo a continuación son de *El Progreso* de Játiva.

Y vienen a cuento.

Por eso las copio:

“Las niñas que, engalanadas, se acercan por primera vez al altar de la Eucaristía, según exige la moda, llevan prendidos en el pecho y cabeza simbólicos ramos de azahar.

Las desposadas lucen las simbólicas flores horas antes de perder la virginidad, como las niñas pierden la inocencia horas antes de acercarse al pie del altar de la Eucaristía: por eso lucen también el ramito de azahar, que proclama en alta voz la pérdida del candor inocente de la niñez.

Meditemos.

Igualmente se observa en el acto religioso que anualmente celebra la niñez, que hay un Dios para los niños ricos y otro para los niños pobres.

El Dios de los potentados, de los dichosos, de los felices; y el Dios de los miserables, de los indigentes, de los desgraciados.

El dios de oro y el dios de cobre.

Sociedad imbécil: ¡medita tú también!”

Eso es lo malo, que, como es imbécil, no medita.

La meditación la deja a cargo del cura de la parroquia.

¡Y así le sale luego, y así sufre las consecuencias!

Los caballeros que representan en Sevilla a la Liga Católica celebraron ayer una *juerga* al aire libre, con vino libre.

Uno de los servidores, a la vuelta de la juerga, se cayó y se rompió una pierna.

Afortunadamente, como llevaban una buena remesa de indulgencias como postres, pudieron aplicárselas enseguida.

Y se quedó en una pierna rota.

Si no hubiera sido por las indulgencias, el infeliz se rompe las dos.

Anuncio útil:
“*Señorita Inglesa*.—Se ofrece institu-

triz, ó ama de llaves caballero solo. Habla español, inglés y es guapa.”

Contestación:
“Se desea saber condiciones de arreglo sobre barato.—Diríjase a esta Redacción.”

CARRASQUILLA.

PRETORIANOS Ó REVOLUCIONARIOS

El asalto del palacio real de Belgrado y el castigo infligido a sus moradores han sido la consecuencia de la indignación de un pueblo contra sus monarcas y las camarillas que decidían de su suerte en el interior del palacio real, ó es el resultado de las ambiciones de un partido caído y vencido que, en sorda conjura y tenebrosa conspiración, armó a los pretorianos?

Sea como fuere, el golpe ha sido certero, y la familia real y sus favoritos y allegados han pagado con su sangre y con su vida los excesos de una corte dirigida é inspirada por una mujer liviana, más atenta a sus caprichos y a sus instintos de venganza que a las conveniencias de su pueblo, cuando, elevada al trono por la pasión de un engendro, pasó de la condición humilde al dorado refulbrón de una corona.

Los poderes permanentes tienen esto, y así Inglaterra en el siglo XVII, Francia en el siglo XVIII, Méjico en el siglo XIX y la microscópica monarquía servia en los albores del XX, han levantado el hacha, asomado el tinglado de la guillotina, formado el cuadro militar ó allanado la regia mansión, sin formación de expedientes ni trámites, pasando a cuchillo y segado las cabezas ó separadas del tronco a hachazos como la indignación popular repara sus afrentas, satisface a la justicia y condena al tirano.

Muy lejos están de nosotros los vengadores del pueblo servio. Orientales ellos, nosotros occidentales; pero el gran suceso de Belgrado debe ser objeto de nuestras meditaciones y tema preferente de nuestros estudios. Pretorianos ó revolucionarios, tal como por acá entendemos estas cosas, los servios han sacudido el yugo que les oprimía destruyendo la causa y borrando con los golpes certeros de sus mortíferas armas, servidas por el esclavo que rompe las cadenas que le oprimían, una página y un nombre del almanaque de Gotta.

Los Obrenovitch ya no aparecerán más en ese recuerdo anual, ni pasarán la revista de dinastías con que engala sus columnas la famosa guía de príncipes y familias reinantes.

¿Por qué se ha efectuado es tragedia en que la sangre de reyes, ministros y favoritos se ha derramado abundante en el mismo lecho, en los dorados salones, en los gabinetes de exquisito gusto donde antes se fraguaban los complots contra la constitución y la libertad del pueblo servio? Los servios nos recuerdan un desastre como el de Sedán, que hizo rodar la corona imperial de Napoleón.

Los servios no tienen enlutada su bandera con los negros crespones de Cavite, ni con la horrenda catástrofe de un Santiago de Cuba, ni con las vergonzosas tristezas del remache que se operó en París al dar fin a la guerra con el tratado que allí suscribieron ciudadanos de una nación que después han llamado timbre glorioso de su vida; los servios, creyentes de una religión como la nuestra, que en la que ni Roma ni el clericalismo tienen acceso, nos recuerdan las vergüenzas de una institución como el Santo Oficio que se distinguió en el pasado por sus brutalidades, pero que en el presente significa todas las expoliaciones realizadas con la fación hipócrita de un liberalismo doctrinario que todo lo mixtifica; los servios en fin, orientales y todo, vecinos de Turquía, observados é influidos por dos imperios

cercanos, no sentían el fustazo de la injusticia, la vergonzosa bofetada en el rostro ni el espolazo del amo, y, sin embargo, han roto las ligaduras y han descuajado arrancando tronco y raíces del árbol podrido.

Pretorianos ó revolucionarios han cumplido el destino de los oprimidos y escrito una página sangrienta, brutal, en la historia, para reparar la injusticia del tirano.

A.

El hombre del día

JEAN JAURES

Vosotros los que conocéis sus tesis filosóficas y sus doctrinas sociales, no le conocéis. Ni vosotros tampoco los que leéis casi á diario sus elocuentes artículos de combate, ni vosotros tampoco le conocéis. Para conocerle es necesario oírle hablar, no en reuniones especiales, no en salas de conferencias, no á los postres de banquetes, sino en medio de un tormento de injurias y de amenazas, en las juntas contradictorias donde el pueblo ruge, donde todos los odios se hacen verbo, en las plazas públicas los días de huelga y de peligro, ante las bayonetas insolentes, en el Congreso, en fin, los días raros de grandes tempestades. Porque este hombre á quien unos consideran cual un jefe de partido y otros como un retórico incomparable, no es, en realidad, sino un luchador instintivo. Fuera del peligro y lejos de la pelea, sus cualidades palidecen. El Jaurés sin rival es el que en estos últimos días, á pesar de la opinión pública que pide calma, á pesar del gobierno que desea paz, á pesar de sus propios partidarios que necesitan tiempos serenos, despertó con voces indignadas en pleno Parlamento al fantasma militarista para decirle en medio del más hostil tumulto una nueva estrofa del poema de sus crímenes. En efecto, para hombres como Jaures, como Taidade, como Gohier, como Pressensé, el asunto Dreyfus no es, ni ha sido nunca, más que un pretexto para luchar contra la opresión moral del sable en el occidente europeo. ¡El militarismo! Vosotros, los que vivís fuera de Francia, de Alemania, de Austria y de Rusia, no sabéis, no podéis saber lo que esta palabra significa. Vosotros, siendo honrados, os creéis iguales á cualquier militar y en la jerarquía de la distinción no dais más importancia á un general que á un sabio, ni á un capitán le consideráis superior á un médico. En el occidente militarista el oficial se cree de raza superior. Y así, mientras Zola en París y Anatole France en Rennes, aun llevando pruebas, no recibían sino insultos ó desdenes, un cualquiera, por el solo prestigio de su uniforme, imponía su voluntad á los jueces y torcía el curso de la justicia.

El autor de *Los Profetas* nos refiere que hace treinta años, al pasearse por la alameda de un pueblo del mediodía, solía ver á un estudiante que con cualquier pretexto trepaba en un banco y arengaba á la multitud. La frase era sonora las metáforas originales y la erudición pasmosa. Hablaba de la libertad, hablaba del alma de la raza, hablaba de los dolores del pueblo. Á medida que el auditorio crecía, la elocuencia era mayor. Olvidando su edad, el estudiante daba á la masa consejos de violencia y lecciones de energía. La masa, en general, enternecida por los pocos años del orador y entusiasmada por su talento, aplaudía. Pero á veces un murmullo de desaprobación hacíase oír. El pueblo, herido por las frases contra el patriotismo ó contra el ejército, hacíase amenazador. Y entonces era de verse cómo el chiquillo barbilampiño se erguía, palpitante y crispando los puños y alzando la voz, lanzaba al aire cláusulas terribles y anatemas furiosos que cruzaban el espacio como rebaños de águilas furiosas.

Este niño era Jaurés, "el sobrino del almirante," como le decía la gente.

Su familia, espantada de aquellas locuras, quiso consagrarlo, siguiendo tradiciones australes, á la marina. Pero fué imposible. La lucha contra el mar atraíale menos que la lucha contra el Gobierno. Fué, pues, necesario mandarlo á París, á

la Escuela normal. Allí llegó en 1878, en la época de irritación contra el ministro Brunet que, aunque servidor de la República, era considerado como enemigo de la democracia á causa de sus ataques á Gambetta. Los discípulos más adelantados, hacían, para escribirlos en las paredes, dísticos latinos satirizando al "mal ministro." Un día éste, enterado de lo mal que le querían, hizo una visita á la escuela. Muy risueño penetró en cada clase, hizo elogios de los profesores, felicitó á los alumnos y ya creía haber ganado todas las voluntades, cuando oyó un grito formidable: "¡Viva Gambetta!", repetido por centenares de bocas. El que había lanzado aquel grito era Jaurés. Luego, en las reuniones del barrio latino, en los mítins de vacaciones escolares, en todas las manifestaciones, la misma voz musical y suntuosa, vibrante cual una trompeta, hacía palpar ante la juventud visiones de libertad. En poco tiempo hizo-se una reputación de jacobino. Y así, cuál no fué la sorpresa de todo el mundo al leer una mañana, firmada por él, una defensa del clerical profesor Ollé Lapruné, á quien los republicanos atacaban en sus periódicos. "Yo—decía—soy enemigo del clero, pero creo que todo el que desee ser clerical tiene derecho á ello. La libertad debe ser completa, porque si no, no es libertad."

La primera vez que Jaurés explicó el socialismo fué en latín. Su tesis de doctorado, que habría escandalizado á los catedráticos si los catedráticos entendieran la lengua de Virgilio, se titula: *De primis Socialismi Germanici lineamentis*. Enseñada, ¿quién no ha leído sus luminosos estudios sobre el colectivismo y sus programas de mejoramiento social? Pero no es del jefe de un partido de quien hoy quiero hablar, sino del hombre de todas las generosidades. No es al rival de Guesde á quien quiero presentaros, sino al hermano de los oprimidos, al tribuno de la generosidad, al héroe, cuyo atrevimiento llega hasta á atacar la patria. Porque no hay que equivocarse: en el odio del patriotismo que Jaurés proclama no hay tal odio. Lo que hay es un amor infinito de toda la humanidad. Su pueblo, su país, no le parece ni más ni menos digno de amor que el pueblo vecino, que el país lejano. No cree en los grupos políticos, sino en la inmensa fraternidad universal. Le llama, con desprecio, cosmopolita. Este es un error. El cosmopolitismo es el sentimiento de las diferentes naciones por un cerebro de una nación determinada. Ahora bien: Jaurés no tiene patria pequeña. Es un ciudadano del mundo. Su generosidad alcanza á los polos. Y ante este hombre de tan gran corazón, aun el mismo orador desaparece.

Sí, más que la palabra, más que el cerebro, hay que admirar en este hombre el alma. Es un profeta. Es el profeta de tiempos que no vendrán nunca. "Es—me vais á decir—un anunciador de utopías." Si, tal vez. Pero ¿qué importa? La misma inverosimilitud de sus predicciones prueba la grandeza de su corazón. El ve, en lontananza, una época de hermandad, de justicia, de bondad. La ve y nos lo dice. Ve, tras revoluciones fecundantes, la unificación de las patrias y la comunicación de las razas. Con ternuras de apóstol acaricia imágenes futuras de dicha universal. Sus mismas maldiciones, sus más terribles ataques son, no contra algo, sino en defensa de algo. Ya lo habéis visto ayer y anteayer, en pleno Congreso, casi solo, escupir al rostro de los falsarios con galones y de los patrioterros sin bondad todo su rencor épico. Ya le habéis visto lanzarse á la pelea, á pesar de todos los obstáculos, y exponer, en Carmaux, su propia vida. Pues bien: ayer y hoy y siempre, esos ataques eran para defender algo. Su lanza, como la del caballero andante, es protectora de desvalidos. Se sacrifica por los inocentes, porque cree en la justicia de mañana y cree que, exponiéndose, apresura el advenimiento de la era santa. Llamadle, si queréis, un pastor de Quimeras.

E. GÓMEZ CARRILLO.

París, Junio, 1903.

A LOS MILAGREROS

II

Hé aquí cómo Charles Vallier refiere algunas hazañas del buen Rosemberg, jesuita canónico de la misma laya de los 40.000 que se van colando poco á poco por las puertas de esta católica España.

«LA CAPILLA DE LOS MILAGROS

He contado á mis lectores de *l'Action* cómo el ilustre estafador había, por medio de documentos falsos, divorciado, casado, dispensado, á un sin número de imbéciles que de buena fé creían que Rosemberg tenía grandes influencias en el Vaticano para obtener con facilidad y á precios relativamente llevaderos, miles autorizaciones, licencias, bulas, etc., etc.

Se ignora todavía los procedimientos empleados en negocios de mayor cuantía, pero la instrucción se encargará de ilustrarnos en esos puntos oscuros.

Lo que sí he averiguado es la historia de la Capilla de los Milagros. La casualidad me ha servido bien en esta ocasión: he podido descubrir uno de los numerosos expedientes de que se valía Rosemberg para apoderarse de los cuartos de las beatas; merece ser referido.

En el cementerio Montparnasse, en una de las más sombrías calles, entre dos modestos monumentos funerarios, se halla una pequeña capilla solitaria que no lleva más que este rótulo encima de su puerta de hierro:

FAMILLE Rives

y detrás, grabado en una piedra de sillaría:

C. A. P., N.º 562-1883

Aparte algunas pequeñas particularidades, solo visibles para el observador ó para los iniciados, la capilla se parece á las demás.

En una de las hojas de la puerta, encima de una moldura, se hallan dos rendijas perfectamente disimuladas, y bastante parecidas á las rendijas practicadas en los cepillos de las iglesias. La letra D se halla encima de una, y la letra O precisa la otra... en la hendidura de la derecha se deslizan las monedas de oro y en la otra las cartas peticionarias.

El guardián al que hice las preguntas para cerciorarme más, me contestó:

«Esa capilla?... ¡Cómo, usted no sabe!... ¡Pero, señor, es la capilla de los milagros!... ¡La capilla de los milagros!...»

Claro, la capilla de los milagros.

Parece que aquí se han verificado famosos milagros... En la rendija de la derecha, se explica lo que se quiere obtener; en la otra la ofrenda en billete ó en oro, pues la hendidura está hecha á propósito para que no pueda pasar el bronce; por otra parte, añade el guardián, si se desea que el milagro se realice, no se debe parar en pequeñeces... Sin embargo, noto que desde algún tiempo los devotos se hacen más raros, y hace varios meses que no veo al cura venir, como antes, para recoger las peticiones y las recetas.

Se concibe mi asombro.

—¡El cura!... ¿Qué cura?...

—¡Otra que Dios! Pues el cura que antes venía á encerrarse en la capilla para interceder para que los milagros se cumplieren... El se encerraba en la capilla para rezar... Pero como usted comprenderá, los milagros no salían siempre bien; y, claro está, como los tiempos son duros y los milagros cuestan un ojo de la cara, los clientes se cansaron.

Apenas si vienen todavía algunas de cuando en cuando á arrodillarse delante de la puerta, y deslizar su petición en la rendija.—

Esto fué todo lo que pude sacar del guardián; la cosa me interesó altamente, quise abandonar más y ya diré lo que aprendí.

—¿Te olvidas que hace dos años Pepón de Fila, muerto hacía poco, se presentó á su hija pidiéndole unas misas?

—¿A mí con esas, señor cura? Pregúntele al sacristán quién era el aparecido.

—¿Pues qué, no lo sé yo?

—Es verdad; se me olvidaba que aquello fué una comedia de usted y del sacristán.

—¿Tú qué sabes?

—Me lo contó el sacristán un día que estaba borracho.

—¡Ah, maldito!

—Pero no se enfade, señor cura, que á nadie he dicho una palabra.

—Pues escucha, hijo mío. Hicé aquello porque nadie se acordaba de las benditas ánimas y aflojaba mucho la entrada en los cepillos.

—Vamos, que no había negocio.

—Había poco; pero esto nada tiene que ver con la existencia real del purgatorio.

—¿A mí con esas? Le contestaré lo que decía un católico italiano:—El purgatorio es la cocina de las curas.

—Siento tu lenguaje por tu alma.

—Pues no lo sienta, porque bien sé que eso del purgatorio es una obra de engaño y superchería sacerdotal impropia del siglo XX.

—¿Aún persistes?

—Si Dios, como ustedes dicen, es el único que conoce el corazón, ¿por qué esa usurpación del sacerdote al marcar la distinción entre pecados mortales y veniales, sistema completamente desconocido en la primitiva Iglesia cristiana?

—¿Qué preguntas haces!

—Para tener el gusto de absolver después, dejando el castigo temporal para ser sufrido en el purgatorio. ¡Eso es una farsa indigna!

—¡No hables alto, por Dios, que pueden oírte los vecinos!

—¿Que me oigan!

—No; basta que pierdas tus dineros. Yo admito el purgatorio porque lo admite la Iglesia, que tiene con él uno de sus mayores ingresos.

—Luego usted confiesa que el purgatorio es una farsa.

—No, hijo; las cosas de la Iglesia no son farsas.

—La Biblia, que habla del cielo y el infierno, no habla de un lugar intermedio como es el purgatorio.

—Pero existe.

—¿Qué ha de existir? El hecho de que haya quien diga que el purgatorio se inventó en el siglo VI, y el hecho de no haber sido admitido por la Iglesia como doctrina corriente hasta en 1439, en el Concilio de Florencia, continuación del de Ferrara, ¿no prueba que el purgatorio es un vil engaño?

—¡No, no y no!

—¿Son esas todas las razones que se le ocurre contestarme?

—Es que si no hubiese purgatorio, ¿qué sería de nosotros?

—¿De los curas? Entonces no vivirían en parte del engaño. ¿Pero de veras cree usted en el purgatorio?

—Hay veces que dudo; pero mi interés, en confianza, me manda creer en él. ¡Da tanto dinero!

—¿Sí, eh? Pues yo diré á todos los vecinos que cierren la boca, y para eso se acabó el purgatorio a. dejar de pensar por no tener que sotar dinero para los muertos que no se acuerdan de los vivos.

—Es que hay muertos que aparecen de veras.

—Pues se las recibe con una estaca, y verá que vivos se muestran... para echar á correr.

—¿Será posible que no haga contigo carrera?

—Conmigo no valen farsas.

—Bueno, pues calla y déjame vivir en paz con mis feligreses.

—No se meta usted conmigo injuriándome cuando no estoy delante, y luego... veremos.

—¡Ah, si yo pudiera dejar la carrera de cura! No haría el papel que estoy haciendo.

—Así dicen muchos curas que tienen algo... de aquello. ¡Pero qué pocos cuelgan los manteos!

—¡Costó tanto la carrera!

—Por eso os hace tanta falta al purgatorio.

El purgatorio

—Ya sabe, señor cura, que á mí me gustan las cosas claras.

—Sí, hijo mío, y por eso la Iglesia presenta tan claras las cosas.

—No, señor; lo único que se ve claro en ella es el afán de sacar cuartos á los que creen lo que enseña ó fingen creerlo.

—Ya sabes que no me gusta oírte hablar así.

—¿Por qué, pues, usted nos está hablando siempre del purgatorio?

—Porque quiero sacar de él á vuestros parientes.

—Lo que usted quiere es sacarnos el dinero. ¿Cómo nos prueba que es verdad que existe el purgatorio?